

Nog

NOG

Rudolph Wurlitzer

Traducción de Rubén Martín Giráldez

UNDERWOOD

Título original: *Nog*

© Rudolph Wurlitzer, 1968

© Rudolph Wurlitzer, 2009

Primera edición en UNDERWOOD: febrero de 2017

© de la traducción: Rubén Martín Giráldez, 2017

© de esta edición: Y POR QUÉ NO UNDERWOOD, S. L., 2017

underwood.es

editorial@underwood.es

Dirección editorial: Fernando Peña Merino

Diseño: Raúl Lázaro | escueladecebras.com

Corrección y revisión: Fernando Peña Merino y Ce Santiago

ISBN: 978-84-945799-1-2

Depósito legal: M-3601-2017

Impresión: Solana e hijos Artes Gráficas, s. a. u.

Impreso en España — Printed in Spain

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin el permiso previo del editor.

La naturaleza de la ambición de Wurlitzer en lo que a veces se refiere (creíamos nosotros que su otra obra *Flats* agotaba ese aspecto) nos ha hecho tomar la decisión de respetar los continuos cambios de conjugación que aparecen en *Nog* a rajatabla. Creemos que esa estricta observancia aquí no traiciona la naturalidad de *Nog*, porque no se puede pedir que lo dotemos de una prosodia más accesible de lo que él desearía (un ente, al fin y al cabo, obsesionado por no revelar información y a la vez urgido a proporcionar material conductor). Por lo tanto, cada párrafo conserva (en algunos pasajes) los diferentes estratos de pasado, presente y futuro que a la voz narradora se le hacen indispensables, irremediables.

[...] nos pusimos a buscar coches con matrícula de facultativo. Yo en realidad no las busco. Deben de haberme dicho qué tengo que buscar, pero se me ha olvidado.

Asimismo, el uso de pretérito perfecto para acciones sucedidas poco antes de la enunciación cobra aquí otro sentido, porque el narrador nos escamotea las coordenadas del poco antes y del poco después:

Me agazapé, pero no hay nadie cerca. Todavía está oscuro. No lo calculamos bien en el saliente.

Lo mismo puede decirse de la puntuación, que sigue normas muy personales y que hemos intentado acomodar a una *peculiaridad* legible para el lector en español.

Ayer por la tarde, una chica se acercó a la ventana y se paró a recoger conchas marinas. Esto me sacó de un tirón de un período de calma que duraba ya dos meses. Nada más que eso, la verdad; nada extático ni interesante siquiera, sino muy silencioso y uniforme, como se habían vuelto para mí aquellos períodos. Había estado inspirando y espirando, espirando e inspirando, con calma, agradecido por una vez de limitarme a eso, observar el despreocupado romper de las olas, lograr no pensar prácticamente en nada mientras manipulaba con soltura los tres recuerdos que me he fabricado, cuando aquella chica se agachó a coger conchas marinas. Algo curioso en aquellos grandes pechos bajo la camiseta azul descolorida, la rapidez con que se agachó, las piernas enfundadas en unos tejanos blancos remangados, los tobillos delgados: eran sus pies, de hecho; por un breve y penoso instante me parecieron distinguidos. Fue aquel movimiento frágil, de huesos finos, que efectuaba con los pies lo que me hizo fijarme, lo que tocó una región que había olvidado contener. El modo que tenían aquellos pies estrechos de permanecer plantados sin dejar de desplazarse levemente por la arena cuando se inclinaba rápidamente a coger una concha de almeja me produjo

una punzada en el corazón, se me secó la boca, sin exagerar, había algo jovial y absurdo en aquel minúsculo gesto por el hecho de no tener nada que ver con ella.

Me fui a Smitty's, un restaurante de carretera a cuatrocientos metros siguiendo la playa. Cuando volví, la chica ya no estaba. No fui capaz de quedarme en mi habitación. Se me caían las paredes encima. Podía ver cómo se me caían encima, y mi problemática situación, si es eso lo que es, una situación problemática, se me antojó de repente aburridísima e inútil; aquella casa de huéspedes barata, edificada con prisas en imitación de secuoya en la costa de California, con su olor a moho y a tuberías estropeadas, las vistas vacuas desde mi ventana: maderos a la deriva y algas, predecibles olas planas, inscripciones cursis en la arena, pescadores barrigones y bronceados jugadores de voleibol con aspecto de dioses. Tenía que marcharme, pensé, estaba empezando a fijarme en cosas, se empezaban a formar listas, las comparaciones estaban al caer. Y ahora no tengo el pulpo. Supongo que eso es lo que me toca contar. Luego podré pasar a otra cosa. Anoche hubo una tormenta y abandoné al pulpo. En realidad no lo abandoné: el pulpo sigue dentro de la batisfera, en la parte trasera de la camioneta, y la camioneta continúa sostenida sobre cuatro bloques, pero ya no es lo mismo. Me voy a marchar solo.

Tengo dinero y soy capaz de ganar dinero. Quiero que quede claro. No soy un libertino ni me aprovecho de nadie. Mi tía abuela me legó dos mil anuales y tengo, o tenía, un pulpo y una camioneta. Un hombre me vendió pulpo y camioneta en Oregón. Lo conocí en un bar en uno de esos pueblos madereros de la Costa en los que

el único lugar atractivo es el vertedero, que al menos tiene la ventaja de las vistas al mar. Nog, por lo visto de origen finlandés, era uno de esos lunáticos semirreligiosos que uno ve deambular por las Sierras subsistiendo a base de pan y té, o engullendo peyote con los indios en Nevada. Llevaba botas negras de motorista, tejanos y una vieja camisa del ejército con los galones todavía cosidos en las mangas. Tenía el rostro magro y afilado, con unos enormes ojos inciertos muy hundidos en el cráneo, como agujeros de bala. No dejaba de quejarse de una luz amarilla que en los últimos tiempos había comenzado a salirle a raudales del pecho a través de una marca del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. Bebimos y charlamos sobre aquella marca, sobre la ligera quemazón que le producía por las mañanas y sobre el pulpo. Viajar con el pulpo había terminado por desilusionarlo y había empezado a tener sueños agresivos relacionados con él. Quería venderlo. Compramos una botella y paseamos por las afueras del pueblo, entre colinas taladas que tenían el aspecto de antiguos campos de batalla. Una neblina baja flotaba sobre un renoval de secuoyas y abetos Douglas que pugnaba por salir adelante. Las huellas de gigantescos tractores oruga hollaban el terreno por todas partes. Había pozos y zanjas diseminados como si hubiesen bombardeado aquello. Miles de ranas croaban, y las salamandras aparecían suspendidas sobre tegumentos de cieno verde y leños putrefactos. Me sentí vagamente eufórico, como el testigo de una matanza antigua.

Nog vivía en lo que una vez había sido un tanque de agua en medio de un terreno agreste. Allí estaba el

pulpo, claro que sí. Metido en una batisfera en la trasería de una camioneta. Nog había fabricado un molde de yeso de París para los tentáculos y otro para aquel cuerpo obeso con un pico como de papagayo y ojos saltones. A continuación había vertido látex líquido en los moldes. La batisfera la había construido cuidadosamente con una bombona de butano y piezas metálicas robadas de un puente próximo. Estaba provista de tres claraboyas por las que se podía ver al pulpo moviendo sus ocho tentáculos en el agua burbujeante. Nog se había dedicado a viajar por todas las ferias de todos los estados y condados del Oeste al Medio Oeste, cobrando diez centavos a los niños y veinticinco a los adultos. La mayoría de la gente creía que el pulpo era auténtico, pero en cuanto había dudas en voz alta Nog les contaba la verdad. Jamás les devolvía el dinero, y de vez en cuando estallaban peleas. En Bird City, Utah, tres hombres que acababan de perder un partido de fútbol volcaron la batisfera. No dejaba de repetir que estaba harto de todo aquello. Nos sentamos en un banco frente a su casa y me transmitió toda su sabiduría en lo que a pulpos se refiere. El público tenía gran querencia por el mito de la manta raya, y era importante explicarles lo peligrosos que son los pulpos y cómo son capaces de ahogar y destruir a un ser humano o de hundir un bote pequeño. No había que contarles jamás la verdad, es decir: que los pulpos son bastante amigables. Me negué a que me diese más información. Nos quedamos sentados en silencio y oscureció. Finalmente, Nog comentó que ya no se le ocurría cómo entretenerse. Dijo que suponía que ése también era mi problema, pero que debería probar con

el pulpo. Sugirió que lo transformase en un tótem que no me molestase ver a diario.

Le compré el pulpo y durante un año viajé por el país con él.

Nog no acaba de estar redondeado del todo. Tengo que inventar más. A esto se reduce todo siempre. Nunca tengo oportunidad de descansar. Nunca he sido capaz, por ejemplo, de entender el chorro de luz amarilla que le surgía del pecho. Pero ahora que el pulpo se ha desvanecido, tal vez Nog pueda emerger con un enfoque más claro. Fueron días sentimentales y confusos, aquellos viajes por el Oeste con el pulpo, y a veces me sorprende deseando que una parte mayor de todo esto fuese cierta. (Llego a la conclusión, cuando reflexiono sobre ello, de que me invento buena parte de mis recuerdos —ahora mismo tres, para ser exactos— porque de lo contrario no consigo que me interesen.) Pero me he vuelto más rápido conmigo y más sereno desde que conocí a Nog. Tal vez no sereno, sino más melifluido, desde luego. Pienso en viajes, en trozos y fragmentos de viajes, pero ya no intento sacar conclusiones (mi mente se ha vuelto benditamente lenta), ni trato de inventar un personaje adecuado capaz de manejar los fragmentos. Pero no quiero liarme con eso ahora. Existe el peligro de quedar fascinado por lo que en su día fue una inapropiada elección de soledad.

Estoy pensando en probar con el Este. Me iré a Nueva York y alquilaré un cuartito en lo alto de un hotel.

Cuando andaba en la carretera con el pulpo estuve rememorando un montón de cosas de Nueva York. Nueva York fue, de hecho, mi recuerdo favorito durante

cuatro o cinco meses, hasta que se me fue de las manos y tuve que dejarlo. Vivía en un apartamento confortable en lo alto de un viejo hotel con vistas a un parquecito y al puerto. Por entonces era una especie de espía erótico de mí mismo, pero me las arreglé para sobrevivir, al menos durante aquellos cuatro o cinco meses, a fuerza de mantener una vigilancia atenta y meticulosa de las terroríficas vistas del exterior. Vi barcos que se deslizaban y encallaban en enormes atracaderos, y a lo lejos, entre hojas plateadas, la violencia silenciosa del parque. Por la noche me quedaba despierto con las fantásticas luces de coches y metros que afluían por las rampas de hormigón entretejidas alrededor del hotel. Viví precariamente en el centro de combinaciones de energía brutales, y poco a poco, a medida que me fui encerrando en mí mismo, los puentes se transformaron en colosales telarañas que aprisionaban los trenes del metro cuando cruzaban retumbando el río negro como serpientes mecánicas. Los trenes del metro lanzaban chispas verdes y amarillas a intervalos específicos para defenderse y siempre lograban escapar. Tuve que soltar ese recuerdo. Pero ahora, con más kilómetros y con más recuerdos bajo control, quizás podría atreverme con Nueva York.

Desde la ventana veo la playa. Una pareja de ancianos desentierra navajas, y un chiquillo escribe «David Salte odia al Babosa» en la arena con un largo palo nudoso. A mí nunca me ha bastado con remover un puñado de arena con un palo. No soy lo suficientemente imparcial. Estoy demasiado absorto en mí mismo. Pero ayer por la tarde estaba *intentando* prepararme para jugar, tejar,

como mínimo, intentaba encontrar la manera adecuada de abordarlo, la clase de silencio adecuado, cuando pasó por aquí la chica. Aquel toque de refinamiento dio al traste con mi confianza. Me hizo obsesionarme con el tiempo que había malgastado tan sólo en hacerme a la idea, me hizo odiar al pulpo y al reino del pulpo, los pueblecitos, las largas autopistas monótonas, las ferias sordidas. Me hizo dar un paseo por la playa.

Supongo que es una playa soberbia; generalmente vacía, muy amplia y arenosa. Por detrás tiene unas montañas cálidas y verdes, y la mayor parte del tiempo el mar se comporta, aunque ese día era turbulento y había empezado a llover. Comencé a pensar en playas. He visitado ochenta y siete playas en los últimos quince años. Antes de eso resulta más fácil ser impreciso. Últimamente he estado repasando cada playa, si bien no es una forma satisfactoria de sobrellevar el día. He pasado demasiado tiempo de mi vida en playas: Cannes, Far Rockaway, Stinson Beach, una en Irlanda, dos en Creta, Lido, Curaçao, Luquillo, Curadado, Malibú, Deyá, Niza, Tánger, Cob, las Islas Vírgenes... por citar unas cuantas. Nunca me tiro al agua. La verdad es que me da miedo el agua en movimiento. Tampoco me bronceo. Me tumbo en algún sitio, normalmente bocabajo, y me quedo sin hacer nada. En mi opinión, las playas son vulgares.

Así que allí estaba, llegando al final de la playa, pensando en playas, cuando vi de nuevo a la chica. Estaba cerca de una roca negra, con la cara envuelta en una chalina amarilla, observando el mar con expresión boba. Me acerqué a ella y, manteniéndome a distancia y a su espalda, me quedé contemplando el mar también.

Las olas rompían y se retiraban, ya con cierta furia, arrastrando hacia dentro las piedras. La miré. Pareció no advertir mi presencia, y yo me sentí agradecido por ello. Me conformaba con estar allí, a su lado, puesto que tenía bastante bajo control las sensaciones que me había provocado su pie. De hecho, examiné sus pies y no entendí cómo uno de ellos había actuado como semejante catalizador. Sus pies eran como su cara, demasiado vasta y con marcas, bastante machacada y burda. Sus rasgos mortecinos me tranquilizaron de tal modo que pensé que sería capaz de quedarme unos pocos meses más.

Se volvió hacia mí.

Nunca he sido capaz de conectar con mujeres desconocidas salvo en el caso de que se encuentren afligidas o más o menos preocupadas. Parecía abismalmente feliz.

—Usted vive en la pensión, ¿verdad? —me preguntó—. Sí, creo que es usted el único huésped permanente.

No fui capaz de responder, un defecto habitual en mí.

—¿A qué se dedica? Es decir, nos hemos estado preguntando a qué se dedica. Parece usted frágil y huraño, una especie de gran pensador o algo así. O eso es lo que se me antoja. Mi marido cree que se recupera de algún padecimiento amoroso. ¿Quién ha acertado, mi marido o yo?

Se sentó en la roca negra. La lluvia nos empapaba. Yo no iba preparado para tal aguacero, vestía unos pantalones blancos de algodón, camisa blanca de cachemira y unos elegantes zapatos de lino. Me quedé a su lado, a la espera, pero decidido a no soltar ninguna información. Si insistía, improvisaría con alguno de mis recuer-

dos. Uno ha de poseer una mente eléctrica —resolví en aquel momento—, no una mente tibia y despierta sólo a medias para salir del paso.

—Acompáñeme de vuelta —me dijo—. Estoy calada hasta los huesos. Los *dos* estamos calados hasta los huesos. No le importa, ¿no? Le contaré un secreto: lo llamamos a usted doctor Congoja, por lo melancólico de su semblante. No le importa, ¿no?

Caminé con ella. Lo cierto es que me sentía profundamente ofendido, no porque me llamasen doctor Congoja, sino por haber sido observado de aquella manera. Se me empezaron a escapar las palabras, fuera de mi control.

—¿Por qué intenta uno saber nada de un lugar? Las costumbres, el tamaño, el clima, la gente, la economía, la política, el pescado, las técnicas de bronceado, los juegos, la natación. Es mejor quedarse en casa y no perder el tiempo en experiencias inútiles. Un cuartito en una pensión. Anónimo. Hacer cada comida en un mostrador de plástico. El de Smitty's me vale. No hacer nada, no querer nada, pasear si a uno le apetece pasear; si le apetece dormir, dormir. ¿Sabe lo duro que es eso? Sin recuerdos; si alguien empieza a entrometerse, inventárselos. Con tres es suficiente. Yo sólo uso tres. Nueva York para la aventura, las playas para la relajación, el pulpo y Nog para la especulación. Sin conexión alguna entre ellos. Reducir todas las posibilidades. Desarrollar y amar las propias limitaciones. Nadie te conoce. No conoces a nadie. Ritmos naturales, querida mía. Ésa es la clave.

Se había apartado para recoger una concha de mejillón. Volvió dando saltitos.

—Las uso para hacer collages. Las pego; conchas, trozos de vidrio pintado, maderos, lo que sea. —Soltó una risita—. ¿Sabe que hoy es 4 de julio?

—No.

—Vamos a dar una fiesta. Está usted invitado. Van a venir todos. Bueno, no *todos*, pero sí Timmons, Harry, el que lleva la tienda de regalos y uno o dos más. Mi marido también, claro.

Le pasé el brazo por el hombro. Por su comportamiento parecía conforme con aquel abrazo, ya que el gesto no le había llamado la atención, pero se apartó echándome una mirada inquisitiva. Soy incapaz de hacer frente a las miradas inquisitivas.

—Te conozco —le dije resuelto, tratando de avanzar con ella—. Hace diez años, en Nueva York. No recuerdo tu nombre, pero *podría* haberme acostado contigo. Me asusta tropezarme así con una parte de mi pasado. Por entonces estabas más demacrada, desde luego, con el pelo muy desaliñado. Llevabas a cuestas una pancarta en no sé qué manifestación cuando te conocí, ya sabes cómo eres, muy politizada. ¿Me equivoco?

—Soy de Baltimore —contestó ella echando un vistazo a sus horribles pies—. No he asistido jamás a ninguna clase de manifestación. Nos mudamos aquí cuando Ollie consiguió empleo en una empresa agrícola. Lo trasladaron aquí. Nos gusta bastante el lugar.

—No voy a insistir —dije. He conservado cierta cantidad de dignidad añeja—. Quién seas y qué hagas es problema tuyo.

Caminamos en silencio. El silencio, de hecho, era feroz. Y me ufanaba al pensar que no se me había esca-

pado ni un solo dato. Ninguna historia, y por lo tanto ningún estrechamiento de lazos. Sabía que en otras ocasiones había proporcionado hechos, cifras, nombres, relatos. A veces me pongo así de nervioso. Pero, como he dicho antes, ahora soy más rápido. Era todo un placer caminar a su lado sin tener que lidiar nada más que con su recelo cohibido. Estaba pensando que sólo era un poco raro, perturbado a lo mejor; ella era demasiado simple, demasiado amable para pensar otra cosa. Y yo tengo un aspecto demasiado desmejorado para inspirar temores sexuales; tengo las orejas demasiado grandes y mis labios son demasiado finos y desobedientes.

Perseveramos bajo la lluvia. Yo era partidario de demorar la caminata cuanto fuese posible, pero ella estaba demasiado empeñada en llegar a casa. Justo delante de la casa que había señalado orgullosa como de su propiedad nos encontramos con un viejo tocado con una gorra de la Primera Guerra Mundial trajinando un pesado tronco. Estaba encorvado y resoplaba mientras trataba de colocarlo en lo alto de un improvisado muro de contención.

Me detuve. Era un hombre extraordinariamente feo e insolente.

—El coronel Green —dijo la chica—. Vive en esa casa de tres plantas contigua a la nuestra con un nieto y no sé qué mujer, pero apenas se muestran en público. No es recomendable hablar con él. Sale cada vez que hay tormenta. Lo suyo con el mar es pura obsesión. Debe de tener ochenta años, se lo juro, y Ollie dice que lo único que lo mantiene con vida es esa absurda guerra que le tiene jurada al mar. Todo el mundo piensa que es una desgracia para la comunidad.